

## **DANIEL ARTANA, DESDE BUENOS AIRES**

### **Las elecciones en Argentina**

A fines de octubre de 2007 se elige presidente en la Argentina para el período 2008-2011, pero el calendario electoral provincial muestra elecciones de gobernadores y legisladores nacionales a lo largo de todo el año. Es razonable esperar que no haya grandes cambios en la política económica del gobierno durante lo que resta del año, en vistas del alto crecimiento disfrutado hasta ahora y porque las medidas necesarias para corregir algunos problemas tienen costos políticos y por ello, seguramente, deberán esperar a que se resuelva la contienda electoral.

Como expresara en mi columna de noviembre de 2006 en El País, espero que la economía argentina muestre en el 2007 otro año de alto crecimiento, con inflación elevada pero contenida, es decir algo parecido a lo que se dio en 2005 y 2006.

Pero, y luego de las elecciones ¿qué? La discusión entre analistas en la Argentina tiene visiones extremas que pueden caracterizarse de la siguiente manera:

- ★ Los que atribuyen buena parte del éxito del gobierno a la mejora en las condiciones internacionales que, a su vez, impactó positivamente en el resultado fiscal y en el superávit externo.
- ★ Los que, en cambio, sostienen que la mejora se explica por los superávits gemelos (externo y fiscal) y el tipo de cambio real competitivo, y que poco tiene que ver en el desempeño de la economía argentina la mejora en los términos del intercambio.

Habitualmente a los primeros les preocupan las distorsiones microeconómicas que producen los controles de precios a la energía y a varios productos, mientras que los segundos (o algunos de ellos) justifican, incluso, las restricciones a las exportaciones para morigerar la tasa de rentabilidad de algunos sectores y ayudar a una mejora en la distribución del ingreso.

En esta discusión se mezclan algunos temas. Una cosa es analizar una economía que sufrió una mega crisis en su camino hacia la normalidad y otra es pensar cómo puede evolucionar en el largo plazo.

Para precisar los conceptos, el punto de partida luego de que se moderaran las expectativas inflacionarias a mediados del año 2002 daba un margen de maniobra que no está siempre disponible en otros momentos (alto desempleo, alto tipo de cambio real, resultado fiscal camino a ser superavitario por impuestos de emergencia como retenciones e impuesto al cheque que eran “aceptados” como transitorios pero necesarios ante la magnitud del problema). Con 25% de desempleo “todos somos keynesianos” y ello justifica políticas públicas expansivas, sobretodo si los números fiscales aparecen ordenados como consecuencia del brutal ajuste observado en los salarios del sector público y en las jubilaciones y la recaudación provista por los impuestos nuevos.

Además, el Banco Central puede intervenir en el mercado cambiario para sostener un tipo de cambio real depreciado porque el desempleo es alto y el costo de intervención es bajo a la salida de una crisis financiera que hizo reducir el crédito de 25% del PIB a menos de 10% del PIB.

A eso se suma un contexto internacional que provee liquidez creciente como consecuencia de la baja tasa de interés y precios sostenidos para los productos de exportación, sindicatos que no presionan por alzas “desmedidas” de salarios porque

son conscientes del elevado desempleo y empresarios con alta rentabilidad en los sectores de bienes transables por la situación cambiaria que facilita la sustitución de importaciones, y precios artificiales de la energía que “soportan” empresas extranjeras y que reduce los costos en el resto de la economía.

Ya desde el año 2005, la economía argentina empieza a mostrar algunos síntomas de problemas al aparecer una inflación creciente. El diagnóstico oficial se detuvo en la codicia empresaria (curiosamente no se habría manifestado en los dos años anteriores) y desató una creciente intervención en los precios de varios productos de consumo masivo. Y en el año 2006, de la mano de un mercado laboral más apretado sobre todo en el personal más calificado, las presiones sindicales fueron más fuertes.

Es posible que en el año 2007 el interés electoral contenga a los actores principales asociados al oficialismo (varios sindicatos y empresarios) y se pueda lograr un acuerdo que estire las consecuencias de algunos de los problemas pendientes. Pero a comienzos del 2008 el contexto en el cual habrá que tomar decisiones de política económica será muy diferente del observado durante la salida de la crisis.

Por un lado se observará un mercado de trabajo muy cerca de la tasa natural de desempleo y ello proporcionará nuevos ímpetus por mejoras salariales. Además, un costo de intervención creciente para el Banco Central reducirá los márgenes de intervención cambiaria. Al mismo tiempo, las promesas de ir resolviendo los precios congelados pondrán alguna presión inflacionaria adicional.

En suma, la presión distributiva chocará con el deseo oficial de mantener un tipo de cambio depreciado y con la intención de mantener buenos números fiscales.

El “progresismo” argentino ha aprendido que no es posible sostenerse en el poder si no se mantienen ordenadas las cuentas públicas, pero mantiene su enamoramiento con políticas de intervención en los mercados altamente ineficientes. Por un lado, muchas de ellas son poco transparentes, otras regalan a diestra y siniestra en lugar de concentrar el esfuerzo fiscal en los más necesitados y en otros casos se han utilizado mazazos efectivos en el corto plazo (restricciones a las exportaciones) pero que dan señales pésimas para el mediano plazo. Si la virtud fiscal se mantiene en contextos menos favorables del ciclo internacional y la intervención micro se reduce bastante y se hace en base a reglas más transparentes y más profesionales, Argentina podrá aprovechar la gran oportunidad que parecería que la economía mundial le dará a los países emergentes en los próximos años.